

¡Qué risa da siempre entrar y salir a una piscina, aunque ésta no tenga agua!

Amparito, con su rubia y magnífica cabellera en lucha con el viento, intenta amañar una imponente motocicleta que hay en el jardín.

De pronto, sale disparada entre centenares de figurantes, que lujosamente vestidos para asistir al baile en las Tullerías se apartan a su paso en un revuelo de colores antiguos.

Tanta es su velocidad, que a Montes, a pesar de haberse subido a un árbol con la misma facilidad que otras veces se sube en una silla de cocina, le ha sido imposible coger este momento tan interesante para ustedes, ya que hubieran podido comprobar el buen estilo de Amparito para esto de la moto.

Por fin, la simpática estrella hace pie, y Montes y yo nos acercamos, exclamando entusiasmados, como si fuéramos chicos de la calle:

—¡Vaya moto! ¡Qué grande! ¿Es tuya?

—No. Tampoco sé de quién es—nos contesta riéndose—. La pobre estaba ahí tan aburrída sobre el césped, que he sentido piedad de ella y la he sacado a dar una vueltecita... Si me dais siete almendras o un chicle, os la dejo un rato. ¿Vale?

Y como no tenemos de esta moneda que usan los niños para comprar sus tesoros, la motocicleta vuelve a ser colocada sobre el césped de perfil—que es la postura favorita de las motocicletas—, logrando una verdadera revolución entre las flores, que se mecen muy coquetas al verse reflejadas en su níquel.

Amparito Rivelles, al natural

Antes de adentrarnos en este edificio inmenso, donde se fabrica esa noche maravillosa, llena de sueños, que tanto divierte al mundo, os voy a explicar aquí, bajo el reflector rey (me refiero al sol), cómo es Amparito Rivelles.

Amparito Rivelles es la simpatía y la alegría en forma de Amparito Rivelles, que es más.

Con su conversación jovial y revoltosa habría para llenar un PRIMER PLANO y continuar en el próximo número sin que ustedes, lectores, se cansaran ni un momento.

Su charla es un verdadero espectáculo, porque Amparito tiene gracia para parar un tren y hasta una bomba volante.

Le gusta más jugar que mirarse a un espejo. Prefiere hablar a estar callada.

HAY que hacer una visita en broma a Amparito Rivelles—me ordena el director.

Después de esta orden, esa rueda de la fortuna que todos los teléfonos ostentan como la carajada de un negro, me va premiando con voces los números que marco; todas ellas muy necesarias para que esta visita se pueda llevar a efecto.

La primera voz es de la secretaria de Amparito Rivelles.

—¿La señorita Rivelles?... Está en el plató... Llame un poco más tarde.

La segunda voz pertenece a la joven actriz.
—Sí... ¿una visita? ¿Pero con este calor? Bueno, tendrá que ser una visita al aire libre... ¿no? Oye, si quieres me la puedes hacer dentro de la piscina de los Estudios... o en un árbol. Sí... sí; en la copa... ¡claro! Todo menos en una habitación con tresillo y piano... Hasta mañana...

La tercera voz, de Montes, nuestro intrépido fotógrafo, cierra este contrato de visita en broma.
—¿Entonces... mañana a las diez y media?... ¡Muy bien!...

Antes de entrar en las Tullerías

Llegamos tan temprano a los Estudios que hemos pillado a Eugenia de Montijo, es decir a Amparito Rivelles, en pleno siglo xx.

¿Una visita en la piscina?—dice Amparito—. ¡Pero si no hay agua!

VISITA EN BROMA A

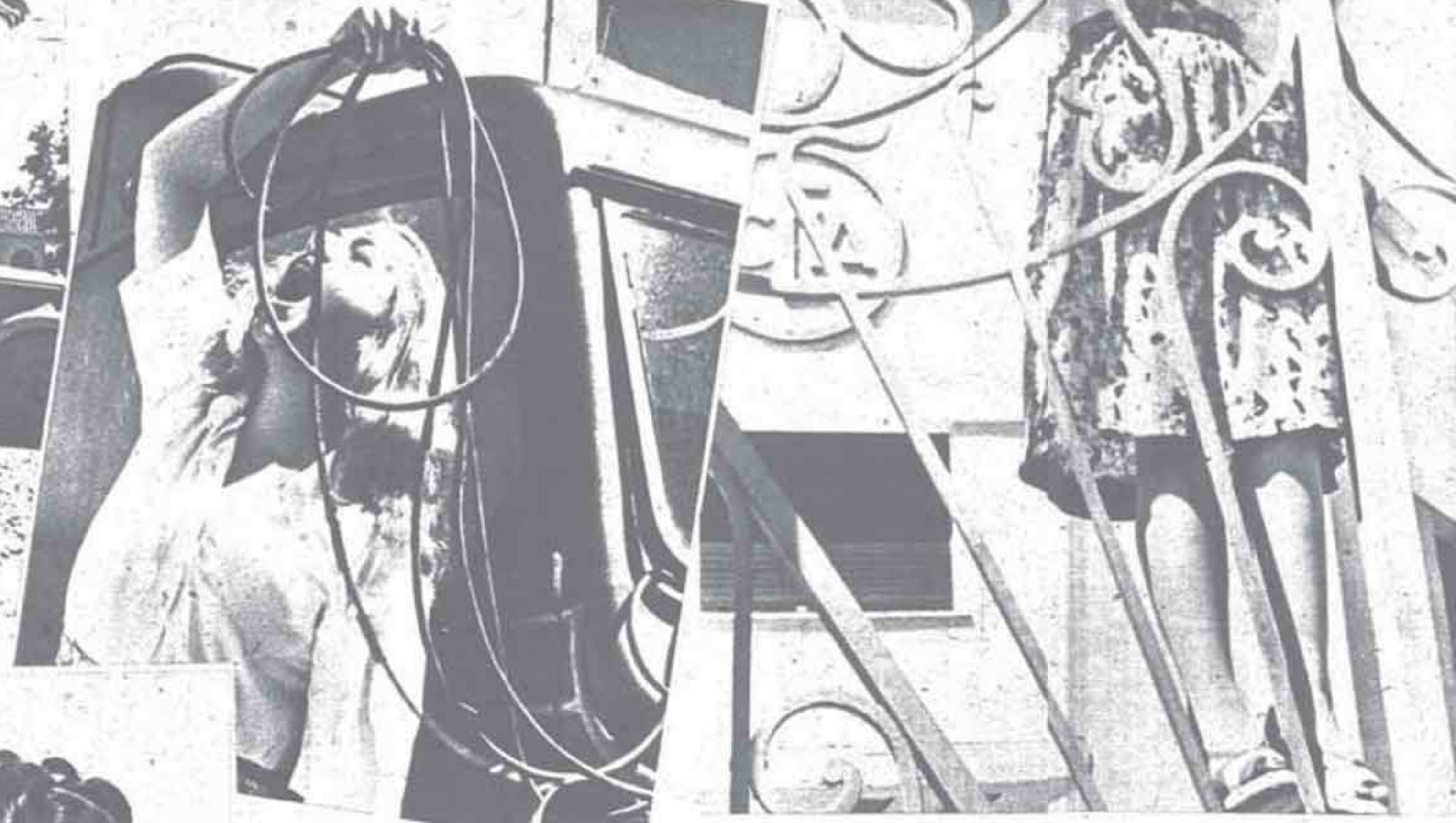
Amparito RIVELLES





Amparito juega aquí a eso de andar por el alambre

Aquí juega a comerse unos kilométricos macarrones con electricidad por dentro, que son como están buenos



Amparito Rivelles interpretando en la armónica su magnífica creación musical; ¿les gusta? No..., no..., me refiero a la música

¡Qué lástima que esta foto tenga ese fondo y esa muchacha que cruza! ¡Con lo bien que podríamos decir que Amparito va en un balandro!



Se ríe, pero con talento, hasta del vuelo de una mosca.

Conoce por su nombre a todos cuantos trabajan en el Estudio.

Dice en el acto lo que siente sin esperar a decirlo en la espalda.

El mal humor no forma parte de su programa, por muy cansada que esté.

Al acabar de rodar una escena, aunque ésta sea de mucha emoción, siempre consigue con alguna de sus ocurrencias hacer reír a todos los que se encuentran en el plató.

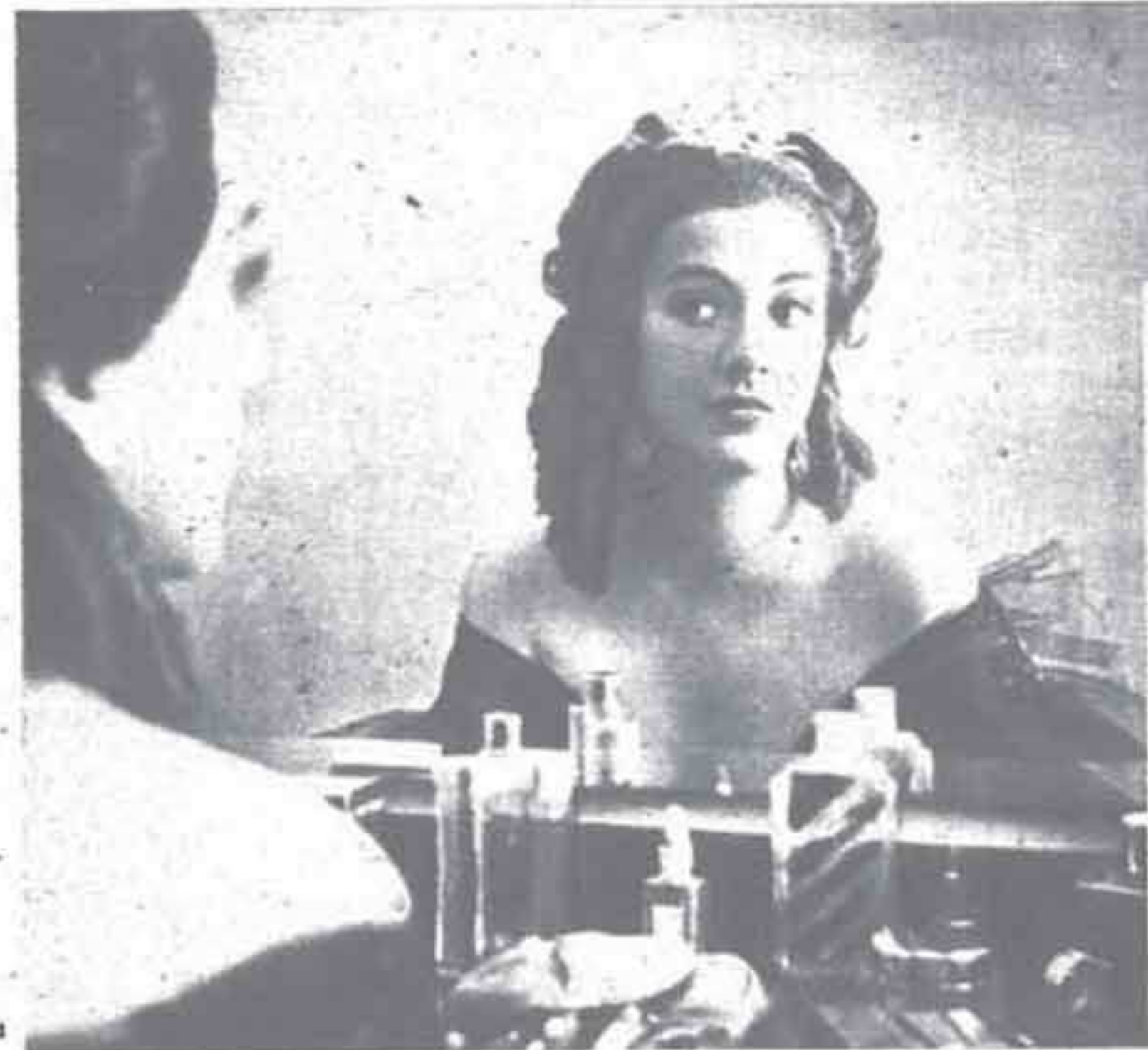
A pesar de su espíritu juguetón, es muy formal y puntual para acudir al Estudio y al plató en las horas que se le señalen.

¡Ah! Bueno; además de todo esto, Amparito es muy guapa. ¿Que ya lo habían visto ustedes por las fotos? Pues muy bien.



Amparito Rivelles antes de maquillarse y después. ¡Oh, los misterios del cine!

Ante el espejo: Amparito parece hablar con su doble, como en esas películas que vemos



¡Por Dios, Montes! ¡Usted quiere que yo me mate!

No se crean ustedes que soy así de pequeña. Es que estoy sentada en el suelo

caiga la lotería o de trabajar con Charles Boyer, que es tu actor favorito del cine extranjero?

—Que hablen mal de Amparito Rivelles. Esto me hace completamente feliz...

—¿Qué opinas de la generación del 98?

—Que son muy viejos.

—¿Y del cine en color?

—Ego.

—¿Y de los espejos?

—Que están muy bien inventados.

—¿Y de las nubes?

—Que también están muy bien inventadas. Cuando alguna nube pasa rozando el rostro de la luna, siempre parece que se acaba de embozar en un boa, y esto hace mono.

—Si tú fueras yo, ¿qué le preguntarías ahora mismo a Amparito Rivelles?

—La hora.

En estos momentos entra Jesús Cordesillas, que, según él, de medio cuerpo para abajo es Manolito (se refiere a que luce calzoncillo, unas medias rosas muy toceras y zapatos escotados), y se pone junto a Montes a imitar con los manos el revoloteo de un pájaro para que mire Amparito a la máquina.

—Luego dirás que no te cuido... —Te estoy marcando el pelo y todo. ¡Oh!—exclama él, mirando las cejas—. ¿qué sería de los principiantes si no fuera por nosotros los veteranos?...

—¿Eugenia, Eugenia!... —dice Amparito mirándose al espejo.

—No—le advierte al maquillador—, aun no estoy. Todavía me falta un poco...

—No creas que estoy loca. Esto lo hago todos los días para comprobar si ya estoy maquillada o no.

—Y cuando estás maquillada, ¿qué pasa?

—Pues que el espejo me contesta...

—¿...?

Frente a Eugenia de Montijo

El espejo le debe haber respondido a Amparito, porque ésta ya se encuentra lista para vestirse y pasa a su camerino. A los pocos minutos nos encontramos frente a Eugenia de Montijo.

—Siempre que me encuentro ante el espejo ataviada como la emperatriz no puedo remediarlo. ¿Tú ves que siempre me estoy riendo? Pues me quedo más seria que una cariatide... Ahora, estoy segura que Eugenia de Montijo no maldeciría mi nombre...

no..., no. He puesto toda mi alma... y mi alma es bastante mona, aunque así, a primera vista, parezca que no... ¡Tengo una ilusión con la segunda parte de esta película!... Primero, tengo que salir vieja, vieja...

La secretaria de Amparito nos interrumpe para decirle a la emperatriz que la esperan en las Tullerías.

Por fin, en las Tullerías

Desde luego, no me habían exagerado nada. ¡Qué decorado tan magnífico! Parece como si todo él estuviera lleno de espejos que agrandaran y agrandaran los salones... Pero no; todo es pura realidad.

La figuración que antes habíamos visto diseminada por el jardín se encuentra ahora toda reluciente tomando parte en este suntuoso baile.

López Rubio, con su famosa varita y sus sandalias parece un Moisés a la europea. Da órdenes y se pasea de vez en cuando en el carrito del travelling con la misma cara de satisfacción que esos chiquillos que se suben en el estribo de los tranvías.

Todo está preparado. Se rueda.

Amparito Rivelles, la muchacha revoltosa que siempre tiene ganas de jugar, es verdaderamente la emperatriz Eugenia. Se le ha cambiado hasta la voz...

Fotos Montes.

SOFIA MORALES

Lo que hace falta para tocar una armónica, según Amparito Rivelles

En vista de que en la piscina no hay agua, de que en las copas de los árboles hay demasiado sol y de que en toda la geografía del jardín hay tantísimos «extras» como hojas y tantas hojas como «extras», decidimos seguir nuestra visita bajo techo, no sin antes quedarse Montes con algunas Amparitos Rivelles en su máquina.

—Mira—me dice Amparito—; mientras me maquillan, podemos hablar; ¿quieres?

Nos dirigimos a la sala de maquillaje por una amplia escalera. Amparito se adelanta unos cuantos escalones y se sienta en uno de ellos a tocar una plateada armónica que llevaba en un bolsillo de la falda.

—¡Huy! ¡Qué bien! ¿Y qué es lo que hay que hacer para que suene ese aparato?

—Te lo voy a explicar en un momento. Para tocar la armónica lo primero que hace falta es la armónica y un escalón mono. Después, dos manos y otra mano más para apoyarse en el escalón mono, adoptando así una bonita colocación; total, tres

manos. Una boca a ser posible sin dientes, ya que los dientes, ¡oh, señora mial, estorban muchísimo. Luego ya se sopla, y sale eso de «No me mates con pimientos».

—Será con tomate.

—No, no; con pimiento. Es una creación mía. ¡Si lo sabré yo!

Una vez acabada la interesante explicación de Amparito Rivelles sobre el arte de tocar la armónica, seguimos subiendo escalones hasta llegar ante el espejo y el maquillador, que ya esperan a la simpática actriz.

Preguntas, respuestas, fotografías...

Mientras el maquillador empolva el rostro de Amparito, Montes hace fotos, ya subiéndose en una silla, ya en el suelo, y yo pregunto un poco:

—Aparte de que te pille un tranvía, se te vaya una carrera en la media o te confundan con otra actriz, ¿qué es lo que más te molesta?

—El que la gente hable bien de Amparito Rivelles.

—¿Y lo que menos te molesta, aparte de que te